

RETIRO: BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS...

Extraído de Llamados por la Gracia de Cristo, Revista Orar, DABAR, Misa Dominical,

Tú tienes Palabras de Vida, A. Pronzato, B. Caballero y otros)

Canción: La misericordia del Señor, cada día cantaré. (Taizé)

VER:

La felicidad es uno de los deseos más profundos y más fuertes que hay en el corazón del hombre. Y por esa razón, éste busca siempre la felicidad constante y ansiosamente, Jesús nos propone un proyecto de vida cuya finalidad es que podamos ser felices. Al leerlo o escucharlo nos parece duro y exigente; tal vez complicado y difícil de seguir teniendo en cuenta el mundo en que vivimos y las circunstancias que nos rodean.

Las Bienaventuranzas son un resumen del mensaje evangélico, la «carta magna» o la Constitución de la vida cristiana, el criterio definitivo de su autenticidad...

Lo esencial en el cristiano no es lo que hace, dice o vive. Lo esencial es que su vida, su palabra y su acción sean la concreción de su opción por el seguimiento de Jesús. Para conseguirlo no sólo es necesario conocerle a Él, sino que dicha opción fundamental se ha de encarnar en un proyecto de vida, el de las Bienaventuranzas.

En estos retiros de este ciclo nos estamos centrando en conocer mejor y analizar en qué consiste ese nuevo estilo de vida emanado de las Bienaventuranzas, del programa del Reino de Dios.

Vamos a continuar por la quinta Bienaventuranza, la que hace referencia a “los misericordiosos”. Y por eso, en un primer momento vamos a reflexionar acerca de esta palabra: misericordia.

misericordia.

(Del lat. *misericordia*).

1. f. Virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los sufrimientos y miserias ajenos.

4. f. *Rel.* Atributo de Dios, en cuya virtud perdona los pecados y miserias de sus criaturas.

La misericordia, como virtud, como atributo... puede dar pie a varias interpretaciones. En nuestras versiones de la Biblia, el término “misericordia” se utiliza para traducir varios vocablos, tanto hebreos como griegos, cada uno de los cuales tiene un significado propio con diversos matices; , por eso es necesario que sepamos de qué estamos hablando.

Para la reflexión:

- ¿Cuál sería mi definición de misericordia?
- ¿Qué o quién me hace sentir misericordia?
- ¿Cómo concreto o demuestro esa misericordia?

JUZGAR:

Mt 5, 1-2.7

¹Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; ²y les enseñaba diciendo: ⁷Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Esta Bienaventuranza, como hemos dicho, se expresa de diversas formas según las distintas traducciones de la Biblia: a veces habla de los compasivos, otras de los misericordiosos... Independientemente de la palabra que utilicen, como telón de fondo, siempre permanece una actitud: la misericordia.

Pero, ¿quiénes son los misericordiosos? ¿En qué consiste “alcanzar misericordia”?

Misericordiosos, en general, son los que se muestran compasivos frente a cualquier necesidad. Los que comparten sinceramente las desdichas de sus hermanos, sus angustias materiales o morales. Ser misericordioso es, también, algo más que ser meramente emotivo o que sentir “lástima”.

Ser misericordioso es algo fundamental en la Biblia y, por lo mismo, esta actitud aparece en sus paginas con muchísima frecuencia. Unas veces para caracterizar la obra de Dios Padre o de Jesús; otras, para describir el deseado comportamiento del hombre para que lo sea él también.

Por lo que se refiere a Dios, la misericordia es su nota más característica, y que se manifiesta mediante el “perdón de los pecados”. El tema del perdón como elemento clave de la misericordia de Dios encuentra su mejor expresión en la parábola del “criado despiadado” “Parábola sobre el perdón y la misericordia” (Mt 18, 23-25). Tras responder Jesús a la pregunta de Pedro sobre el número de veces que debía perdonar las ofensas de su hermano (no siete veces sino setenta veces siete, o sea, siempre), corrobora lo que ha dicho con la parábola aludida: *“¿No debieras haber tenido tú misericordia de tu compañero del mismo modo que yo la tuve de ti?”*

En cuanto a Jesús, al convertirse en la encarnación del amor que se manifiesta con peculiar fuerza respecto a los que sufren, a los infelices y a los pecadores, hace presente y revela de este modo más plenamente al Padre, que es Dios «rico en misericordia».

La misericordia de Jesús la describe con toda claridad la Carta a los Hebreos:

- Por eso tenía que hacerse en todo semejante a sus hermanos, para ser ante Dios sumo sacerdote misericordioso y digno de crédito, capaz de obtener el perdón de los pecados del pueblo (2, 17).
- Pues él no es un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino que las ha experimentado todas, excepto el pecado (4, 15).
- Y aunque era Hijo, aprendió sufriendo lo que cuesta obedecer. Alcanzada así la perfección, se hizo causa de salvación eterna para todos los que le obedecen (5, 8-9).

Según estos textos, tres son los elementos esenciales de la misericordia de Jesús:

- Gracias a su experiencia propia puede “comprender” las debilidades humanas.

- Porque las comprende puede “compadecerse” de ellas.

- Y por ambas cosas tiene misericordia de nosotros y puede ofrecernos una “ayuda eficaz”.

En base a manifestar la presencia de Dios que es Padre, Amor y Misericordia, Jesús hace de la misma misericordia uno de los temas principales de su predicación. Como de costumbre, también aquí enseña preferentemente «en parábolas», debido a que éstas expresan mejor la esencia misma de las cosas. Baste recordar la parábola del “Padre misericordioso del hijo pródigo” (Lc 15, 11-32) o la del “Buen Samaritano” (Lc 10, 25-37) y también -como contraste- la parábola del “Criado despiadado” (Mt 18, 23-25).

Son muchos los pasos de las enseñanzas de Cristo que ponen de manifiesto el amor-misericordia bajo un aspecto siempre nuevo. Basta tener ante los ojos al Buen Pastor en busca de la oveja extraviada (Lc 15, 4-7; Mt 18, 12-14) o la mujer que barre la casa buscando la dracma perdida (Lc 15, 8-10). El evangelista que trata con detalle estos temas en las enseñanzas de Cristo es san Lucas, cuyo Evangelio ha merecido ser llamado «el evangelio de la misericordia».

Para valorar la misericordia en toda su profundidad, lo mejor es contrastarla con otros pasajes, en los que descubrimos diversos sentidos:

- Perdonar siempre las ofensas que nos hagan, “Parábola del perdón y la misericordia” (Mt 18, 21-22.33) y hacer el bien a todos: “obras de misericordia” (Mt 25, 35-36): *“Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed...”*

- Debe practicarse con todos los hombres, superando el concepto de los rabinos, que la proponían únicamente para con los judíos.

- Afirma la necesidad de hacer con los demás como queremos que los demás y Dios hagan con nosotros, la “regla de oro” (Mt 7, 12). Aunque la medida que Dios emplee con nosotros será siempre un secreto y superará infinitamente lo que nosotros hagamos.

Es necesario constatar que Jesús, al revelar el amor-misericordia de Dios, exigía al mismo tiempo a las personas que a su vez se dejaran guiar en su vida por el amor y la misericordia. De ahí que, por lo que respecta al ser humano, su misericordia ha de tener para Jesús las mismas características, y las plasma de forma insuperable en la parábola del “Buen Samaritano” (Lc 10, 30-37). El hombre maltratado por los ladrones y dejado medio muerto en medio del camino necesitaba...

- No sólo que le viesen (como el sacerdote o el levita),

- Sino que alguien comprendiera lo difícil de su situación (el samaritano), y tuviese compasión de él.

Una comprensión que sólo es fácil para quien ha pasado por una situación parecida, que es la que le impulsa a la compasión (de hecho, el samaritano se compadeció).

Finalmente, la comprensión y la compasión mueve al compasivo hacia una ayuda eficaz (echó sobre sus heridas aceite y vino). Y por esta serie de actitudes y acciones ante un necesitado, Jesús mismo dice del samaritano que “practicó la misericordia” con aquel desconocido, y nos dice a nosotros: *“Anda, haz tú lo mismo”*.

La misericordia a la que Jesús promete la Bienaventuranza es la que lleva al cristiano a compartir efectivamente las desdichas del prójimo, tanto en sus angustias materiales como espirituales.

Una misericordia que le lleva a amar al prójimo no sólo cuando se lo merece, sino principalmente porque es prójimo. La misericordia, según esta Bienaventuranza, será la medida con la que se nos medirá (Mt 7, 2), y sólo alcanzará la misericordia de Dios quien comprenda, se compadezca y sea misericordioso con el prójimo que sufre.

“Bienaventurados los misericordiosos” no se refiere a los temperamentos sensibles y sólo aparentemente compasivos, ni la misericordia puramente afectiva y no efectiva en la medida de lo posible. Se refiere a una misericordia que está en función del Reino de Dios.

La recompensa que ofrece esta Bienaventuranza es alcanzar la gran misericordia del ingreso definitivo en el Reino de Dios. Pero sin olvidar que esa recompensa la experimenta ya ahora el que vive de acuerdo con sus planteamientos.

Por eso, la misericordia no es un simple sentimiento, ni un solo deseo. A partir de este deseo interior se debe dar un paso más hacia la acción por las obras de “misericordia”, corporales y espirituales. Por medio de éstas los misericordiosos alcanzarán la misericordia divina, en esta vida porque se sentirán bienaventurados por hacer esas obras, y en la vida eterna porque se les juzgará con misericordia.

Quienes somos la Iglesia, por tanto, debemos dar testimonio de la misericordia de Dios revelada en Cristo, como una verdad de fe necesaria para una vida coherente con la misma fe. Y para ello tenemos el derecho y el deber de recurrir a la misericordia de Dios, implorándola frente a todos los fenómenos del mal físico y moral, ante todas las amenazas que pesan sobre la vida de la humanidad contemporánea.

Para la reflexión:

- Según lo expresado, ¿soy “misericordioso”, o me quedo en “sentir lástima”?
- Si la misericordia del Padre se manifiesta en el perdón de los pecados, ¿recibo yo habitualmente esa misericordia? ¿La ofrezco a quienes me han ofendido?
- Jesús muestra su misericordia mediante parábolas y otras imágenes: la parábola del la oveja perdida (Lc 15, 4-7; Mt 18, 12-14), la moneda perdida (Lc 15, 8-10), el “Padre misericordioso del hijo pródigo” (Lc 15, 11-32), el Buen Pastor (Jn 10, 1-18) el buen samaritano (Lc 10, 25-37), el criado despiadado (Mt 18, 23-25)... ¿con cuál de ellas me identifico más? ¿Por qué?
- Teniendo presente la parábola del buen samaritano, ¿sigo ese proceso de “ver- comprender – compadecer- tener misericordia”? ¿Qué respondo a ese “Anda, haz tú lo mismo”? ¿Me siento bienaventurado por ello?
- ¿Qué creo que significa la promesa de Jesús “alcanzarán misericordia”?

ACTUAR:

Como Iglesia que somos, vivimos una vida auténtica, cuando profesamos y proclamamos la misericordia, siguiendo al Dios que se nos ha revelado en Jesús, acercando así a las personas a las fuentes de la misericordia del Salvador.

Para ello, se hace imprescindible la lectura y meditación constante de la Palabra de Dios, y sobre todo la participación consciente y madura en la Eucaristía y en el Sacramento de la reconciliación (penitencia, confesión, perdón).

En la **Biblia**, Dios habla a su pueblo, nos descubre el misterio de la redención y salvación; nos ofrece alimento espiritual; en los **Evangelios**, es el mismo Cristo quien nos habla.

La **Eucaristía** nos acerca siempre a aquel amor que es más fuerte que la muerte, porque *«cada vez que comemos de este pan o bebemos de este cáliz»* atestiguamos el amor inagotable, en virtud del cual se muestra siempre compasivo y misericordioso con nosotros.

El **Sacramento de la reconciliación** permite a cada persona experimentar de manera individual la misericordia de Dios, su amor que es más fuerte que nuestro pecado. Precisamente porque existe el pecado en el mundo, al que «Dios amó tanto... que le dio su Hijo unigénito», Dios que «es amor» no puede revelarse de otro modo si no es como misericordia.

Por tanto, para alcanzar misericordia en esta vida y en la eterna, la Iglesia profesa y proclama la conversión. La conversión a Dios es siempre fruto del «reencuentro» de este Padre, rico en misericordia. El auténtico conocimiento de Dios, Dios de la misericordia y del amor, es una constante e inagotable fuente de conversión.

Este proceso de conversión no es sólo una transformación espiritual interior, sino que constituye todo un estilo de vida. Incluso en los casos en que todo parecería indicar que sólo una parte es la que da y ofrece, mientras la otra sólo recibe y toma, sin embargo en realidad, también aquel que da, queda siempre beneficiado, prueba los frutos del amor misericordioso.

El camino que Cristo nos ha manifestado en el Sermón de la Montaña con la Bienaventuranza de los misericordiosos, es mucho más rico de lo que podemos observar a veces en los comunes juicios humanos sobre el tema de la misericordia.

El amor misericordioso es indispensable entre aquellos que están más cercanos: entre los esposos, entre padres e hijos, entre amigos; es también indispensable en la educación y en la pastoral.

Su radio de acción no obstante, no halla aquí su término. Pablo VI indicó en más de una ocasión la «civilización del amor» como fin al que deben tender todos los esfuerzos en campo social y cultural, lo mismo que económico y político, hay que añadir que este fin no se conseguirá nunca, si en nuestras concepciones y actuaciones, relativas a las amplias y complejas esferas de la convivencia humana, nos detenemos en el criterio del «ojo por ojo, diente por diente» y no tendemos en cambio a transformarlo esencialmente, superándolo con otro espíritu: el de la misericordia.

Jesús, con esta Bienaventuranza, nos indica que alcanzaremos el amor misericordioso de Dios en la medida en que actuemos con misericordia hacia el prójimo. Lo cierto es que sabemos que debemos ser comprensivos, compasivos y misericordiosos. Pero sabemos también que una de las dificultades que se nos presentan se refiere a los destinatarios de nuestra actitud misericordiosa.

¿Debemos tenerla con todos? Y Jesús nos dice: *Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian...* (Lc 6, 27-28).

Y, ¿hasta dónde debemos llegar? Y Jesús nos dice: *Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso* (Lc 6, 36).

¿Un acto de misericordia, al que procuramos siga una ayuda eficaz, vale ante Dios más, igual o menos que todas las obras de culto que podamos hacer? Y Jesús nos dice: *Si supierais lo que significa: 'misericordia quiero y no sacrificios...'* (Mt 12, 7).

En concreto, ¿de qué seremos examinados al final de nuestras vidas? Y Jesús nos dice: *Cada vez que lo hicisteis... o no lo hicisteis... con uno de éstos mis humildes hermanos...* (Mt 25, 35ss).

Sabemos que hasta las mejores obras podemos estropearlas si las hacemos con intenciones no tan buenas. ¿Con qué actitud hemos de realizar las obras de misericordia? Y Jesús nos dice: *Cuando des limosna, no vayas pregonándolo, como hacen los hipócritas...* (Mt 6, 2).

Teniendo esto presente, puedo hacer vida esta Bienaventuranza practicando la misericordia, siguiendo las obras de misericordia corporales y espirituales:

	CORPORALES	ESPIRITUALES
1	Visitar y cuidar a los enfermos.	Enseñar al que no sabe.
2	Dar de comer al hambriento.	Dar buen consejo al que lo necesita.
3	Dar de beber al sediento.	Corregir al que yerra.
4	Dar posada al peregrino.	Perdonar las injurias.
5	Vestir al desnudo.	Consolar al triste.
6	Redimir al cautivo.	Sufrir con paciencia los defectos del prójimo
7	Enterrar a los muertos.	Rogar a Dios por vivos y difuntos.

Y, como siempre, esta actitud evangélica de la misericordia es un don del Espíritu que debemos pedir con humildad.

Para la reflexión:

- Si las fuentes de la misericordia de Dios son la Palabra, la Eucaristía y la Reconciliación, ¿de cuál de ellas necesito “beber” mejor?
- Elijo una obra de misericordia corporal y otra espiritual para vivir esta Bienaventuranza.

Oración

La misericordia es fruto de un corazón bueno, bondadoso.

Un corazón misericordioso es un corazón humano, sensible, capaz de comprender, de compadecerse ante la necesidad física o moral del hermano.

Danos, Señor, un corazón que sea capaz de hacer todas las cosas “con amor y por amor”.

Un corazón bueno y misericordioso, un corazón semejante al Tuyo. Amén.

RETIRO: BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS...

Extraído de Llamados por la Gracia de Cristo, Revista Orar, DABAR, Misa Dominical, y otros)

Canción: La misericordia del Señor, cada día cantaré. *(Taizé)*

VER:

- ¿Cuál sería mi definición de misericordia?
- ¿Qué o quién me hace sentir misericordia?
- ¿Cómo concreto o demuestro esa misericordia?

JUZGAR:

Mt 5, 1-2.7: ¹Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; ²y les enseñaba diciendo: ⁷Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

- Según lo expresado, ¿soy “misericordioso”, o me quedo en “sentir lástima”?
- Si la misericordia del Padre se manifiesta en el perdón de los pecados, ¿recibo yo habitualmente esa misericordia? ¿La ofrezco a quienes me han ofendido?
- Jesús muestra su misericordia mediante parábolas y otras imágenes: la parábola del la oveja perdida (Lc 15, 4-7; Mt 18, 12-14), la moneda perdida (Lc 15, 8-10), el “Padre misericordioso del hijo pródigo” (Lc 15, 11-32, el Buen Pastor (Jn 10, 1-18) el buen samaritano (Lc 10, 25-37), el criado despiadado (Mt 18, 23-25)... ¿con cuál de ellas me identifico más? ¿Por qué?
- Teniendo presente la parábola del buen samaritano, ¿sigo ese proceso de “ver- comprender – compadecer- tener misericordia”? ¿Qué respondo a ese “Anda, haz tú lo mismo”? ¿Me siento bienaventurado por ello?
- ¿Qué creo que significa la promesa de Jesús “alcanzarán misericordia”?

ACTUAR:

- Si las fuentes de la misericordia de Dios son la Palabra, la Eucaristía y la Reconciliación, ¿de cuál de ellas necesito “beber” mejor?
- Elijo una obra de misericordia corporal y otra espiritual para vivir esta Bienaventuranza.

	CORPORALES	ESPIRITUALES
1	Visitar y cuidar a los enfermos.	Enseñar al que no sabe.
2	Dar de comer al hambriento.	Dar buen consejo al que lo necesita.
3	Dar de beber al sediento.	Corregir al que yerra.
4	Dar posada al peregrino.	Perdonar las injurias.
5	Vestir al desnudo.	Consolar al triste.
6	Redimir al cautivo.	Sufrir con paciencia los defectos del prójimo.
7	Enterrar a los muertos.	Rogar a Dios por vivos y difuntos.

Oración:

La misericordia es fruto de un corazón bueno, bondadoso.
Un corazón misericordioso es un corazón humano, sensible,
capaz de comprender, de compadecerse
ante la necesidad física o moral del hermano.

Danos, Señor, un corazón que sea capaz de hacer todas las cosas
“con amor y por amor”.

Un corazón bueno y misericordioso, un corazón semejante al Tuyo. Amén.